

terpretación del conjunto de la obra de Kant. Y si el carácter metafísico de esa interpretación puede resultar extemporáneo, como el propio autor reconoce, para una época que se afirma «postmetafísica», eso lejos de ser una deficiencia constituye un valor añadido en la medida en que pueda contribuir desde un conocimiento y manejo sólido de las fuentes, que por desgracia falta en ocasiones en algunos alegatos postmetafísicos más atentos a la última tendencia que al trabajo lento de la reflexión filosófica, al debate actual sobre la obra de Kant.

Vicente SERRANO

RODRÍGUEZ GARCÍA, José Luis: *Pliegues de la razón moderna. De Descartes a Cioran*. Zaragoza, Mira Editores, 1993.

Los artículos que componen el libro del profesor Rodríguez, fueron redactados entre 1979 y 1991 y, desde Descartes a Cioran, abordan el estudio de problemáticas tematizadas por autores de los últimos cuatro siglos. Todos ellos, sin embargo, tienen en común —y ésta es la consideración que vertebra referencias, en apariencia, tan dispares— la pretensión de recorrer las líneas de fuga de la sistematicidad que en cada uno de esos autores, y en cada una de esas temáticas, pretende constituirse: pliegues de la razón. Precisamente esta unidad interpretativa es lo que nos permite considerar al texto que reseñamos, más que como una colección de artículos, como un verdadero libro.

Para el primer capítulo, se recupera un artículo del 79 («Exterior, Sentido, Poder») en el que, además de una primera aproximación al sentido del Discurso moderno, se propone un criterio discriminador entre dos diferentes modos de lectura en/de la Historia de la Filosofía: el discurso moderno, caracterizado por la apuesta por el uso desprejuicado de la razón, trae en su seno, desde sus primeros balbuceos renacentistas, incorporada, una determinada consideración teleológica de su uso; se ha de razonar, y razonar con método, porque de ello se deriva una utilidad, un bien, un Progreso. El pensamiento Moderno trabaja con la hipótesis, precisamente, de la construcción del «espacio teórico del Progreso» como utilidad común y universal, como espacio de re-creación de la sociedad civil. Pues bien, una primera línea de lectura, aceptaría como evidencia la veracidad de esta pretensión y, en correspondencia, buscaría en los textos la materialización de ese proyecto inicial. Para esta concepción, así, «nada puede haber más acá del texto moderno» (pag. 21). Frente a ésta, una segunda hipótesis de lectura —que, además, es hecha suya por el autor—, entendería la filosofía moderna como el resultado de la hipostasis de la generalización del marco de la utilidad: la utilidad construida en el ámbito de la sociedad civil, más que utilidad general es una utilidad de clase. Esta perspectiva es decisiva para la «lectura» que en ella toma apoyo, porque pone sobre la mesa la necesidad de la referencia del Texto a un «más acá», a un Exterior, que sería la razón y la clave de su consumación y de sus pliegues.

Desde esta explícita toma de postura en la cuestión de la «lectura», el resto de los artículos se enfrenta a su puesta en práctica: los artículos segundo y tercero, respectivamente, se enfrentan con la obra de Descartes y con la de Locke. El primero de ellos, tomando su punto de arranque en los análisis cartesianos sobre el funcionamiento del cuerpo como perfectísima maquinaria, y en el «salto» argu-

mentativo que, pese a ello, supone la introducción del alma como elemento de escape de la explicación mecanicista, llega a la conclusión de que en el XVII, y es esto algo que no sólo sucede respecto de Descartes, el desarrollo de la cientificidad nueva puede desarrollarse sólo hasta donde las condiciones de lo socialmente decible alcanzan. Pliegues de la racionalidad como el que paradigmáticamente representa la consideración cartesiana del hombre, cuerpo y alma, son sólo explicables, pues, desde la irrevasabilidad de las condiciones de la producción social de la palabra. Por su parte, el artículo tercero, pone de manifiesto la importancia del Libro III del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, como un espacio textual en el que se evidencia la necesidad de un desplazamiento teórico desde el discurso sobre el conocimiento hacia el discurso de la política. El autor muestra, precisamente, cómo Locke acepta la necesidad y la realidad del Orden como un postulado —como un previo ideológico—, y cómo es esta aceptación lo que lleva a modificar la consideración inicial de la palabra y de la experiencia como individual e incommunicable, fundamental desorden que se sigue en rigor del supuesto empirista, para terminar haciendo del lenguaje un instrumento de la vinculación común con la sociedad, en correlación con la naturaleza sociable del hombre establecida en el acto de la creación divina.

Pero si los primeros artículos están dedicados al estudio de la manera en que las necesidades teóricas de la recreación discursiva del Orden, terminan determinando la manera de filosofar de autores tan representativos del XVII, los tres siguientes dirigen su atención al modo del pensar que se desarrolla en el mundo posterior a la explosión revolucionaria francesa. Se nos presenta, así, el movimiento jacobino como un movimiento que nos podría ser perfectamente contemporáneo, por cuanto plantea la actuación política desde un ámbito que no se limita a reducir el proceso revolucionario a la modificación de la Forma del Estado, poniendo la expresión popular como agente configurador y legitimador de la voluntad general, aunque termina hipostasiándola desde la introducción de la mediación del partido en su efectivo cumplimiento. Así, también, se analizan las diferentes intervenciones marxianas en el ámbito de la explicación del hecho histórico, en la época que media entre *la Ideología Alemana* y las crónicas sobre España de 1854-56, como una progresiva inversión de los supuestos del Saber histórico fundamentado por Hegel, a partir de la identificación de la determinación económica como motor y sujeto de lo histórico, hasta hacer del Saber aquél un saber desenmascarador de la ilusión que pretende la Historia como un decurso racional y donador de sentido. Así, finalmente, y frente a otras lecturas que pretenden reivindicar su pensamiento como impulso liberador, se nos presenta a Schopenhauer, cuya figura, dice el profesor Rodríguez, sólo puede ser cabalmente entendida desde su sentido de conjunto, como a un autor que encarna un pensamiento del orden, aterrado por la perspectiva del cambio. Desde estas consideraciones, «la historia del saber (pag. 131) a partir de 1750 no se resuelve sino como historia de la traducción teórica de la remodelación política de la conciencia».

Finalmente, el último grupo de artículos nos sitúa ante vivas polémicas de nuestro tiempo. En el primero de ellos, dando por sentada la diferente posición acerca de la libertad y el compromiso de la acción que puede encontrarse en al menos cuatro periodos distintos de la obra de Sartre, explica estas variaciones desde su conocimiento y compromiso progresivo en relación con el pensamiento marxista y con su renovación, siempre en la perspectiva de la interrelación moral que impo-

ne la presencia de lo Otro ante la libertad supuesta. En el segundo se argumenta en favor de la justeza de considerar la náusea o angustia sartriana, más que como simple certeza de la carencia de sentido, como condición de posibilidad de todo ser moral nuevo, como opción que abre la aventura del humanismo comprometido con su tiempo, y que sustituye el carácter individual de la acción, presente en sus primeros escritos, por una praxis que sólo puede ser solidaria. En el tercero de los artículos de este grupo, se vuelve sobre el pensamiento de Althusser y sobre la manera en que su vuelta a los textos de Marx hizo posible, hace un par de décadas, la vuelta de Marx mismo al lugar en el que se inserta su discurso; el profesor Rodríguez identifica ese lugar, fundamentalmente, en el enfrentamiento político que articula las relaciones que entabla con el pensamiento de Hegel, y pone en guardia acerca de lo problemático que resulta dar por superada la dialéctica hegeliana. Finalmente, el artículo dedicado a las «claves» de Cioran, señala que el interés teórico de su obra (pag. 202) «apunta a la invitación a situarse fuera del tiempo, al otro lado de las vivencias de la historia», desde una apuesta anti-ilustrada que rechaza, a un tiempo, la identificación de Razón y Verdad, y la necesaria preeminencia de un Sujeto. Desde estos supuestos, el rechazo de la utopía, la construcción de un «interés antiutópico», son el correlato de la exigencia de un «eterno presente» que, sin embargo, paradójicamente, se constituye para Cioran en nueva utopía, en anhelo por superar la idea teleológica de la historia que articula el pensamiento convencional.

Por la unidad interpretativa que el libro del profesor Rodríguez pone en juego en la explicación de lo Moderno, una doble consideración se impone: por un lado, la tarea de reconstrucción de las superficies del pliegue en el interior de la sistematicidad, nos presenta a cada uno de los autores estudiados desde una perspectiva bien distinta de la que habitualmente se encuentra en las obras de «Historia de la Filosofía» —algunos de ellos, por lo demás, ni siquiera aparecen en tales obras—, precisamente desde la perspectiva de la relación del Texto con el Exterior del que parte y del que —lo quiera o no— dará cuenta; por otra parte, y precisamente por la «dispersión» temporal del objeto estudiado, el trabajo del profesor Rodríguez termina por mostrar cómo la sistematización «moderna» de la razón, en su conjunto, sólo puede ser «desplegada» desde en encubrimiento velador (ideológico) de su pliegue fundamental, tanto como decir, de su profunda imposibilidad totalizadora. En las palabras iniciales que, a modo de introducción, inauguran el libro, es ya señalado: «una pregunta hila, descuidadamente, las evocaciones: cómo conciliar la admiración y los elogios a la nueva producción de necesidades, que conforma lo que bien pudiera denominarse Utopía moderna (...), con la sospecha de un fracaso en el que brillaría la negación de lo ensoñado» (pag. 9). Y es señalada, también en la presentación inicial, la articulación fundamental de las diversas respuestas a esa pregunta: «la coherencia de la Modernidad consiste, estrictamente, en esto: en la presentación de un Sujeto que reconoce su ser mismo en la otredad (social) desde la que adquiere sentido, en la que adquiere sentido» (ibidem). La sociedad civil, por tanto, y la Forma en que se presenta como Estado, como «exterior» que se introduce en el «interior» del texto. Y si tal es la coherencia de la Modernidad, el objeto tematizado por la Razón Moderna, es ese el «lugar» en que son buscados sus pliegues.